

---

MONOGRÁFICO:

Las Monarquías Ibéricas (1580-1715): Barroco y globalización

---



# «Siameses unidos por la espalda»: memoria compartida de dos monarquías\*

PABLO FERNÁNDEZ ALBADALEJO  
Universidad Autónoma de Madrid

## «Siameses unidos por la espalda»: shared memory of two monarchies

En enero de 1988 Eduardo de Lourenço publicaba en el número primero de la revista *Ler História* un artículo sobre «A Espanha e Nós». El texto era recogido a su vez dentro del libro *Nós e a Europa ou as duas razões*, publicado en ese mismo año y por el que su autor sería distinguido con el premio europeo *Erasmus* de ensayo. Cercano a las celebraciones de 1992, el artículo se hacía eco de «a emergência espectacular da Hespânia como *nação de referência*». Lourenço admitía la persistencia todavía de los viejos demonios (de las dos Españas al terrorismo de ETA) que, con todo, no constituían ningún impedimento a la hora de reconocer las formidables expectativas que se abrían a España para pasar a jugar un papel protagonista en la construcción de la Europa comunitaria. Prevenía por ello —y le preocupaba especialmente— que la actitud refleja de la sociedad portuguesa optara por enrocarse en una actitud de «antiespanholismo», algo que él consideraba como «a doença infantil do nosso nacionalismo». Lourenço propugnaba que frente al «espectáculo» que ofrecía España, debía de evitarse cualquier exhibición de un perfil «negativo, histerizante», consecuencia de ese «reflexo ultranacionalista». El ensayista reiteraba la necesidad de no dejarse atrapar por el «anacronismo vertiginoso» implícito siempre en el «discurso conmemorante», con su tendencia a «brandir Gamas contra Colombos». Muy al contrario, el camino a seguir se ofrecía como una auténtica «ocasião» a efectos de establecer «um diálogo mais sério e mais profundo com a cultura vizinha, como foi o caso outrora». Antes que «espaço de repulsa», España debía ser contemplada como «espaço privilegiado» para establecer un diálogo «aberto».

Lejos de ese nivel de introspección, las señales que llegaban desde el país hermano apuntaban no obstante en ese mismo sentido. La dinámica política resultaba en este caso determinante. Desde 1974, la revolución de los claveles había promovido en España un proceso de aproximación fraternal que parecía capaz de romper con las tradicionales «relações de estranheza» denunciadas

---

\* Este monográfico forma parte de las actividades del Proyecto de Investigación HAR2011-27562.

por el propio Lourenço. La consigna era otra. Desde el observatorio español Portugal aparecía como una realidad situada a la vez «tan cerca y tan lejos», según sugería un perspicaz cartel turístico surgido al calor de la revolución *roja*. Aunque aparentemente equidistante, era el reconocimiento de una *cercanía* persistentemente negada en la práctica sobre lo que el cartel intentaba llamar la atención. La presencia de algún incidente de preeminencia protocolaria por parte de España a raíz de la *Expo* lisboeta del 98, o las denuncias a la invasión de un agresivo imperialismo financiero español que amenazaba los reductos portugueses, vinieron a poner de manifiesto que el camino no estaba precisamente allanado. Pero también, y a diferencia de lo sucedido en otros momentos, la común historia pasada vino a convertirse en este caso en una pieza fundamental dentro de ese clima de aproximación celebratoria.

Aunque no novedosas en sí mismas, las relaciones entre los historiadores de una y otra parte de la raya acusaron también este cambio. La celebración en Lisboa (1988) del congreso sobre *Arqueologia do Estado* demostró cumplidamente que, tras la búsqueda de una renovación de los marcos tradicionales de comprensión de lo político en las sociedades anteriores al orden del liberalismo, subyacía algo más que un problema de aséptica metodología. Era toda una nueva política historiográfica lo que empezaba a salir a la luz, impulsada en gran medida por historiadores que, como Antonio Manuel Hespanha, se apartaban decididamente de la perspectiva del historiador tradicional. La inquietud no era exclusivamente portuguesa. Significativamente *Penélope*, la nueva revista fundada también en 1988 y de la que él mismo era director, se titulaba *Fazer e Desfazer a História*. De eso se trataba. Nada casual por tanto que la primera entrevista de esa publicación se realizase a Bartolomé Clavero, catedrático de Historia del derecho de la Universidad de Sevilla e inscrito en la misma conspiración historiográfica. Aunque inevitablemente mediatizadas, las conmemoraciones estatales de fin de siglo aportaron también su granito de arena. En la presentación del congreso internacional sobre *El tratado de Tordesillas y su época* (1995), el presidente de la Junta de Castilla y León enfatizaba la necesidad de que España y Portugal retomasen los valores que triunfaron en aquél momento histórico «como puntos de referencia» en la construcción del futuro, un deseo que el comisario general de la comisión para las *Comemorações dos Descobrimentos Portugueses* consideraba como un pretexto idóneo «já não para a separação, mas sim para a união dos esforços» a fin de llegar a una «visão do pasado cada vez mais objetiva».

Abundando en esa línea, la conferencia de clausura del congreso de 1998 sobre *Las sociedades ibéricas y el mar* corrió a cargo del propio Hespanha, quien ocupaba en esa ocasión el cargo de comisario general de la ya referida comisión para las *Comemorações dos Descobrimentos Portugueses*. Planteado como un balance historiográfico sobre el período de los Austrias en Portugal, el texto de Hespanha denunciaba el carácter reductor que la historiografía nacionalista —con su *pathos* antiespañol— había venido imponiendo en la interpretación de 1640. No era tanto la nación cuanto la perturbación causada por los nuevos modos de

gobierno del conde duque de Olivares lo que subyacía tras la revolución del 1 de diciembre. Movidos con frecuencia por intereses no siempre convergentes, las alineaciones políticas estuvieron lejos de responder a claves estrictamente nacionales. Los propios grupos promotores reclamaban la vuelta al viejo orden político, a una constitución tradicional donde las ideas de «justicia» y «buen gobierno» primaban sobre cualquier argumento de nación. El antiespañolismo no había sido el motor del proceso.

Los encuentros y la voluntad de ahondar en un mejor entendimiento mutuo han continuado avanzando. En un perceptivo artículo publicado en *El País* de 2002, Ignacio Carrión recurría a la metáfora de «siameses unidos por la espalda» para describir lo que había venido siendo el estado de las relaciones entre los dos países y, consecuentemente, de lo que importaba modificar esa percepción. Pero las prometedoras expectativas con las que se llegaba a comienzos del nuevo siglo se han visto radicalmente modificadas de resultas del reajuste planetario al que últimamente estamos asistiendo. Si bien los contactos historiográficos, la constitución de proyectos conjuntos de investigación y aún la celebración de encuentros —menos visibles mediáticamente— han podido mantenerse, la propia naturaleza global de la crisis no ha dejado de imponer una nueva distribución de los temas. No siendo sino una forma más de pensar el presente, la historia, inevitablemente, ha pasado a interrogarse por esa realidad que de un modo impreciso llamamos globalización. No se abandonan los viejos temas, pero ese último acontecimiento es quien ahora procede a establecer las prioridades en la agenda del historiador. Más allá de 1640, los ibéricos se buscan y creen encontrarse en el seno de una organización de poder que ambos protagonizaron en la primera modernidad; sus historiadores indagan sobre unas monarquías ibéricas que se ofrecen como registro de los logros —aunque no sólo— de un poder que puede decirse global. Un cuerpo político cuya arquitectura interior, lejos de prefigurar realidades del estatismo decimonónico, fue articulándose de acuerdo con una distinta perspectiva, y cuya lógica interna está por establecer.

Es la tentativa a la que responde el presente coloquio, comenzando además por el principio. Así, el exhaustivo comentario crítico de Rafael Valladares pone de manifiesto la gestación —marcando también sus límites— del concepto cuya sombra se proyecta sobre todo el monográfico. Una *globalización* así dicha que, entre otras cosas, parece imponer una reorientación de la propia práctica del historiador. Como nueva etiqueta historiográfica, la historia global no resulta sin embargo tan novedosa como a veces se presenta ni, tampoco, aparece sobrelegitimada para articular ella sola una nueva perspectiva panhistórica de la humanidad. Tiene su cronología y no debe manejarse como un comodín con patente de curso sobre el tiempo histórico. Recoge en todo caso como propia una exigencia de revisión del eurocentrismo y plantea conceder su debido lugar a otras presencias, sin ningún tipo de paternalismo. No es un juego europeo sino una interacción planetaria lo que intenta plasmarse. La consecuencia inmediata es que hace saltar por los aires las confortables cuadraturas nacionales que organizaban el relato del historiador

desde el siglo XIX, desactivando al tiempo el calor patriótico que insuflaba esos relatos con su correspondiente efecto-mímesis sobre el orden no europeo, sobre las formas *otras* de cultura.

Que las monarquías ibéricas —antes y después de que el reino de Portugal se integrase en el cuerpo compuesto de la *Monarquía de España*— deben pasar por ese tamiz *global* resulta una exigencia ineludible. Es exigencia por otra parte que, desde una diversidad de perspectivas, viene siendo ya objeto de preocupación para un sector de la historiografía y, particularmente, para los autores de este número. Nadie lo ha hecho de manera tan destacada como John H. Elliott, cuyas cruciales aportaciones en esa línea no es necesario referir. Retoma aquí el papel estratégico que dentro de esa reorientación puede jugar el término —por él argumentado e impulsado— de *monarquía compuesta*, como un artefacto político que confiere nueva inteligibilidad a los comportamientos y aún al *événement* por excelencia del período de la «Unión». Frente a las hegemónicas «narrativas victimistas» sustentadas por una bien alimentada teleología nacionalista, Elliott intenta equilibrar la balanza ofreciendo nuevas perspectivas. Un relato atento a los detalles y un bien argumentado planteamiento contrafactual siembran cuando menos la duda sobre la inevitabilidad de la rebelión, sobre el éxito mismo del 1 de diciembre. Pedro Cardim refuerza esa misma perspectiva. La posibilidad de un «Portugal unido y separado» que inspira en 1659 el libro de Pedro de Valenzuela profundiza en la diversidad de posiciones y aún de posibilidades de juego político que, en punto al entendimiento del término *unión*, era capaz de alimentar una cultura jurídica que operaba con registros distintos de los del liberalismo. Cabía argumentar por ello a favor de la presencia de unas «naciones provinciales de España», todas ellas «unidas» y «separadas» a la vez bajo el paraguas de un monarca y de una memoria común. La situación de Portugal resultaba así nada excepcional. «Unida» y «separada» era la forma en la se autopercebían cada una de las entidades territoriales de la monarquía global, tal y como por ejemplo hacía constar Navarra en su *Recopilación de las leyes del Reyno*. Si bien sometido a una inevitable inestabilidad interna, el sistema fue capaz de mantenerse dentro de un cierto equilibrio.

Independientemente de ello, los avatares político-dinásticos que enmarcan el momento de la «Unión» tampoco debe contemplarse como los únicos indicios que puedan orientar la comprensión de ese período. Otras fuerzas no menos visibles venían apuntando ya en esa dirección. Como demuestran Fernández Chaves y Pérez García, la penetración económica del capital portugués en la Sevilla del XVI nos sitúa ante un bien asentado *lobby* que, capaz de desplazar a los poderosos banqueros italianos, llegaría asimismo a en los intersticios de la propia corte de la monarquía. Inmersos en un proceso de crecimiento y especialización, su intervención en el tráfico negrero y sus actividades financieras les convirtieron en una pieza fundamental en la articulación de la empresa imperial euro-atlántica que era la propia monarquía. Independientemente de esa particular dinámica integradora, una unión más estrecha e impositiva venía ya operando en clave de religión. De una religión que era fundante del propio orden político y que, escindida confesio-

nalmente, se suponía liderada por una *monarchia* de dimensión y pretensiones no menos imperiales. La propia Monarquía de España no dejaba de ser sino una *Monarchia in Ecclesia*. La presencia de la Inquisición, de Inquisiciones en uno y otro reino con sus particulares ordenamientos, ratificaban tanto esos trazos comunes cuanto la posibilidad de desenvolver su actuación acogiendo a esa dinámica «unida» y «separada» a la que nos hemos referido. Según se desprende de la investigación de Ana Isabel López-Salazar, las relaciones entre las Inquisiciones de España y Portugal a propósito de la remisión de reos de un reino a otro, evidencian la imposibilidad —salvando breves períodos de tiempo— de llevar a la práctica un acuerdo que permitiese superar el complicado juego entre los inquisidores generales y los tribunales de distrito.

La propia retórica *restauradora* con la que se vestiría el movimiento de 1640 no dejaba de exhibir un perfil bifronte. La procesión celebrada en Cochín en octubre de 1641 ofrece una temprana demostración no sólo de la rapidez con que la noticia pudo llegar al Estado da India; según se desprende del trabajo de José Ferreira fue también una inmejorable oportunidad para que, desde determinados sectores del *Estado da Índia*, pudiera reclamarse una mayor atención hacia un espacio imperial que parecía dejado a su suerte ante el auge de la vertiente atlántico-brasileña. Cargado de tópica arbitrista, un discurso fundamentalista en clave de denuncia del «tiránico yugo castellano» convirtieron ese remoto ámbito imperial en un decidido sostenedor y propulsor de la causa de los Braganza. Paradójicamente —y dentro ya de la metrópoli peninsular— el suelo restaurador no constituyó ningún obstáculo para habilitar una práctica de gobierno que, a imitación de lo sucedido al otro lado de la raya, defendía la necesidad y aún la legitimidad del *valimiento*, la institución cuya crítica había estado en los orígenes del movimiento. Investido del cargo de *escribano de la puridad* y amparado en sus dotes militares, los cinco años del valido Castelo Melhor estudiados por Vinícius Dantas muestran la flexibilidad con la que podía manejarse el nuevo escenario político.

El aparentemente anodino papel de Pedro II adquiere en este sentido una nueva perspectiva, señalando al monarca como responsable de una deliberada política de baja intensidad que, como sugiere la aportación de David Martín Marcos, permitiría en última instancia que Portugal pudiera desenvolverse con éxito en el escenario post-1668, consiguiendo habilitarse finalmente «un lugar en Europa y en el mundo». Tanto como para que, ya en pleno conflicto sucesorio, Pedro II pudiera reclamar un sitio para Portugal en los tratados de partición. Dentro de una trayectoria que por lo demás no se vio libre de permanentes incertidumbres. Un tiempo de «miedos de frontera» se sucedió así a uno y otro lado de la frontera intrapeninsular a raíz de la dinámica de alianzas abierta por la guerra de Holanda, cuyo análisis —según pone de manifiesto en este caso el trabajo de Antonio José Rodríguez Hernández— acredita la importancia de la política de neutralidad sostenida por el monarca portugués. El importante giro político experimentado en el último tercio del siglo XVII en las relaciones entre uno y otro reino no llegaba a cancelar en cualquier caso la eventualidad de una nueva unión ibérica, sólo que

ahora se concebiría en términos de alianza matrimonial, sin lugar para pretender una dinámica de conquista. No deja de ser curioso en cualquier caso que la vieja aspiración unionista se haya manifestado en alguna que otra encuesta periodística efectuada recientemente en Portugal, con la particularidad de que las aspiraciones se sustentan ahora en razones estrictamente económicas. Una especie de paso obligado ante la necesidad de sobrevivir en el contexto de la propia globalización. Una llamada en suma para que los siameses unidos por la espalda pudieran comenzar a mirarse frente a frente.